

El Sudor del Obrero

Órgano de las Sociedades y de la Agrupación Socialista Obrera de esta Ciudad

Gratis á los Socios



Redacción y Administración: Palacios, 44



No se devuelven los originales

Se publica los días

últimos de cada mes

Diez víctimas

Una nueva desgracia ha venido á entristecer á este abatido y sufrido pueblo, que como diría el poeta, siempre fué uno de los primeros en figurar en todos los hechos históricos de nuestra hoy decadente España.

El Puerto de Santa María, como allá por el año de 1895 cuando el naufragio del *Reina Regente* el 10 de marzo, que también fué día funesto para las barcas pescadoras de este puerto—llora en estos momentos la pérdida de diez hijos del trabajo—ocho hombres y dos niños—que tripulaban la *pareja del Bou*, denominada *La Rebaja grande*, propiedad de don Juan Crespo.

Ante esta nueva desgracia que nos affige á todos y la situación más mala por que pasa este pueblo en su situación económica, dado el numeroso contingente de trabajadores que viene socorriendo el Ayuntamiento por las pertinaces lluvias, el Puerto ha respondido, como una sola clase social, al llanto de esas viudas y huérfanos para enjugar sus lágrimas por cuanto una «fuerza mayor del destino» ha arrebatado la existencia de diez luchadores en la vida del trabajo.

Todas las autoridades, tanto administrativas, militares, civiles, eclesiásticas, como círculos de recreo de diversas categorías, sindicatos de los gremios y sociedades obreras, se han puesto al unísono para coadyuvar á la plausible obra de solidaridad humana, y ante este acto grandioso en sí, por la enseñanza que encierra, por cuanto en

él no se reconocen ni gerarquías, ni preeminencias ni privilegios, es grato gritar que, andando el tiempo, y debido á ese poderoso que se llama Trabajo, todos los hombres serán hermanos, aunque para ello, y á costa de sacrificios, deje en pos de sí innumerables víctimas en el cumplimiento de deberes sociales:

¡Viva la solidaridad de todos los hombres!, y ojalá que éstos, los portuenses todos, respondieran al levantamiento de este agobiado pueblo como responden siempre á toda obra meritoria.

Nuestro periódico

«*Revista mensual*.—Nuestro colega local EL SUDOR DEL OBRERO, que viene publicándose quincenalmente, se ha visto obligado á suprimir un número, pasando á ser revista mensual.

Lo deploramos y dá una idea del poco apoyo que aquí se presta á cuanto con la cultura nacional se relaciona.»

(De *La Revista Portuense*)

En efecto, nuestro pequeño y modesto quincenario, al suprimir un número, lo ha hecho por no hallar apoyo en todos aquellos compañeros de trabajo, que pensando societaria é intelectualmente, deben de tener en cuenta que es factor indispensable una tribuna pública para esparcir nuestras nobles y justísimas aspiraciones.

La Revista Portuense, en muy pocas palabras, en el suelto que entrecomamos, dá una idea, que nosotros hacemos propia, de todo lo que se relaciona con los escritos públicos, pues precisa que sean *personales*, para que se lean, desatendiendo todos aquellos que entran en el orden *general* de la vida y por lo que ganaríamos mucho socialmente.

Así, pues, abundando en la misma *cosa* que el colega de referencia,

EL SUDOR debe hallar apoyo en su clase y constituirlo como *nació*, para que sea tribuna de otros colegas en aquellas teorías sociales y científicas, que se deben de esparcir, como *freno*, para aquellos que se echan fuera de la moralidad en nuestras luchas continuas.

De elecciones

Fuimos á la lucha como teníamos sentado en la Agrupación, para ver si sacábamos algún puesto.

En efecto, una propuesta de firmas, la vigésima parte que determina la ley electoral, *por todo el distrito*, presentamos para sacar candidato á uno de los nuestros, y la Junta del Censo, al revisar dicha propuesta, la inutilizó por *defectos de forma* y otra cosa además.

No era nuestro ánimo ocuparnos de este asunto, porque ya ha pasado y la razón y la justicia han venido á dar lo que con el tiempo, el Sol del socialismo impondrá á todos los hombres, cuando libres de prejuicios y antagonismos, nos consideremos de una misma clase social; pero sí precisa manifestar la defensa hecha por don Ramón Arvilla, de significación republicana dentro del municipio, por nuestra propuesta, llevada con todos los requisitos de la ley.

Este señor defendió con tesón nuestro documento, pliego firmado por 225 firmas, pero que ante el número y viéndose sólo, fué arrollado y por lo tanto desechada la propuesta socialista.

La Agrupación no por esto desmayó en llevar adelante su lucha, y confiando que en el distrito que había de luchar, el presidente de la mesa había de ser el mismo que había defendido la propuesta y el que en anteriores etapas había desempeñado tan delicada misión, confió en el triunfo, aun sin intervención, por cuanto nuestros votos verdad habían de ser leídos en el escrutinio y que en dicho colegio no se daría *pucherazo*.

Así fué; el distrito del *Sol*, hoy llamado *Polvorista*, ó barrio de *Guía*, dió el triunfo al candidato socialista en el segundo lugar, y hubiera alcanzado el primero, si los socialistas, valiéndose de los años de que otros se valen, hubieran «trabajado» la elección.

El candidato socialista irá al municipio con 62 sufragios y será el último de los 22 puestos que se han elegido, pero son más verdad que todos los *cientos y cientos* que otros han obtenido.

Nuestra enhorabuena al partido y á ese distrito que, titulándose el *Sol*, parece resplandecer hoy sobre ese ceno electoral á que nos tienen acostumbrado.

Reorganización

Las calamidades por que pasa nuestro pueblo y que parecen ser crónicas, han hecho que nuestros compañeros, los obreros del campo, acudan al Ayuntamiento en demanda de socorro; socorro que se ha venido dando á razón de un kilo de pan, por espacio de algunos días, para ir tirando hasta que «levante el tiempo».

Estas calamidades, como decimos, han hecho que el gremio indicado se reorganice, por cuanto el actual alcalde, señor Heredia, creyó muy oportuno, ya que estos obreros son siempre los primeros en demandar socorro, en que entre ellos se formara una lista para distinguirlos de entre los *artesanos* y otras gentes que viven de la «*charanga*».

Esta idea del señor Heredia, que como alcalde responde á un plausible objeto, la ha dado por cuanto siempre viene siendo una galimatía el dar socorro á tan heterogéneo personal que se presenta, y ha sido también un *toque* para que se asocien estos compañeros; mejor dicho, se reorganicen, por cuanto la Sociedad existía y lo que faltaba para su vida normal y diaria, era el personal que con verdadera satisfacción hemos visto estos días en el Centro Obrero.

Pero no para aquí lo que hemos de manifestar acerca de este nuevo estado que toma la Sociedad de obreros del campo, sino que con experiencia propia y duchos en estas lides, creemos un deber de llamar la atención á los directores ú organizadores de esta nueva reorganización, para que las responsabilidades ó aplausos que sobrevengan, caigan sobre ellos.

Una porción de años lleva de vida la Sociedad de Viticultores, y si bien hizo en tiempos fuerza para llevar adelante las mejoras en el costo, en el trato de los gobiernos y en las labores, podemos decir también que debido á malas propagandas, se vieron perdidas todas esas mejoras, y lo que era más doloroso, se veía desaparecer á sus afiliados, que por ingerencia extraña é hijo de una antipatía hacia determinados ideales, dejaron en cuadro tan respetable como numerosa Sociedad.

Hoy vuelve, según vemos, á reorganizarse, y si no estamos equivocados, por aquellos mismos elementos que la disgregaron, y si en efecto, la experiencia ha podido demostrarle á esos compañeros que sin la unión no es posible la lucha, nosotros veremos con simpatías esa reacción de esos compañeros hacia ese Centro, que con esfuerzos heroicos y á costa de sacrificios por unos pocos, lo han hallado abierto; pero si por lo dicho del señor alcalde, de que se lleve un apunte para el reparto, el Centro se toma como se puede tomar la esquina de la plaza de Abastos, sin otras miras que el estar en la lista para tomar la *boba* ú otro socorro, entonces tememos por la seguridad de Sociedad y hasta por su mobiliario, y aconsejamos á nuestros compañeros los conscientes, los que vienen de buena fé probando sus sacrificios, no cejen ante las miras que puedan dar lugar á la desaparición de la Sociedad. Esta, por el espíritu societario en que siempre ha dominado en la gente del campo, debe de existir para la defensa del trabajo.

Unión, camaradas, y conciencia en todo.

Dimisión

Según leemos en la *Revista Portuense*, don Alfonso Sancho Mateos ha presentado la dimisión del cargo que desempeñaba en la Junta de Instrucción pública; y esto en verdad, es para todos los amantes al ramo de la pedagogía, de algún interés.

Don Alfonso Sancho, muy conocido en nuestro pueblo por su laboriosa vida en la industria que manipula, no ha dejado, á pesar del enorme trabajo que pesa sobre él, las tareas que se le han encomendado en diferentes ramos de índole

social, y este de la instrucción, le ha sido preferente por cuanto nos consta sus deseos de educar al pueblo, y para ello, ahí están los tomos que consta en nuestra modesta biblioteca, en la Sociedad de toneleiros, donados por dicho señor.

Don Alfonso Sancho, para nosotros, más que un burgués, más que un capitalista, es un trabajador que como muchos de nosotros se esfuerza por ensanchar la vida del trabajo, y se expone como nosotros nos exponemos, cuando buscamos el pan en otras regiones, á no ver la familia y á perder aquellos afectos que nos son caros, por ir en busca de colocación de nuestros brazos, como él, abriendo paso, por medio de sus conocimientos, nuevos mercados á sus acreditados géneros.

Así consideramos á este Sancho, como á otros de la misma familia, y de aquí que siempre hayamos visto con júbilo, á pesar de la vida fatigosa del trabajo, que haya prestado su atención, su inteligencia y recursos, á la difusión de la enseñanza en la Academia de Bellas Artes, en la Junta de Instrucción pública y en la Junta local de Reformas sociales. que lo podemos considerar como vocal obrero, por asentir á todas aquellas reformas que simpatizan en pechos donde no se anida el egoísmo.

La *Revista Portuense*, con un buen sentido y basándose quizás en lo mismo que nosotros apuntamos, desea que esa dimisión no sea aceptada, porque cae, si no hay razones poderosas para ello por parte del interesado, en perjuicio de un ramo de tan vital interés para un pueblo en que, necesitamos de hombres predispuestos á propagar la instrucción.

La subida de la duela

Es para nosotros, los toneleiros, la subida de la *maera*, casi, casi como si fuera una «catástrofe».

Sí, señor; la *maera* sube que sube, y de mala... echen ustedes todo lo que quieran.

No hay barco que no venga que no *traiga de subida cien duros*, y éstos, casi todos los meses viene

uno; así que ese señor *Catalán* se está haciendo el primer acaparador en Cádiz, sin una razón, que sepamos, que le obligue á ser millonario.

A 12 ó 14.000 reales anda el millar de la *maera*, y los maestros tan campantes, sin buscar las causas de tan altos precios; y las vasijas á iguales precios, por aquello de *no perder la casa*; los jornales poniéndolos á menos, porque la *maera* está muy cara y las subsistencias en manos de pícaros acaparadores, que como el *Catalán*, hay que pagarles á como ellos quieren.

¿No será posible poder ver, patronos y operarios, por qué la duela sube tanto, encareciéndole al Gobierno ó las Cortes, que nos dijera el *por qué* cuesta una duela, aunque ésta sea de barril, más que un kilo de pan?

Señores, á este paso, el oficio se va á poner en la misma categoría que tiene hoy el de anticuario.

¡Qué situación, caballeros, para los que vivimos de la *maera*!

¡¡¡Ay!!!

CAPACHA.

A LA UNIÓN

Con motivo del socorro que se ha venido dando á los obreros del campo, por las continuas lluvias, el señor alcalde disgregó de estos obreros á todos aquellos que eran artesanos, y parece ser, por lo que hemos oído, que se ha creado un antagonismo, que no hay entre obreros motivo para ello.

Se comprendé que el señor Heredia, al dar la idea de que fueran á la Sociedad los del campo, para que por medio de ella se formara una lista, no le guió ningún fin particular hacia otros obreros, tan dignos como son los jornaleros, sino que abundando, como todos sabemos, la gente *charanguera*, y por otro lado, los muchos *vagos* que viven de los sablazos, creyó, á nuestro modo de ver, oportuno, que para dar socorro, se fuera con orden.

Nosotros creemos que nuestros camaradas los quejosos, los del ramo de construcción, albañiles, etcétera, debían como otros gremios, estar en sociedad; pues ellos son tan dignos como los demás para ser socorridos, máxime cuando este gremio está expuesto, como los del campo, á las vicisitudes del tiempo.

La unión, la unión y nada más que la unión de todos los gremios es la que hace fuerza y quita carácter pordiosero; pues estamos segu-

ros de que en un pueblo como este, tan pobre en trabajo hoy, pero con *fachada de casa grande*, aquí los gremios no adelantarán nada, si no se organizan en sociedad de resistencia.

La casa del pueblo, ó sea el Ayuntamiento, es hoy una casa de socorros, una casa de asilo; pero no por determinados momentos ó épocas, sino por todo el año, porque así lo hemos querido todos, sosteniendo un régimen imposible de sostener; y los obreros tienen medios para no tener que ocuparse de esa casa, con carácter hoy de socorro ó asilo, por cuanto la unión y nada más que la unión nos sacará de nuestra pobreza.

Sueño de Don Simón Capital

—Querida esposa; ven, siéntate á mi lado que te voy á referir el ensueño tan *espantoso* que he tenido esta noche pasada.

—¡Si, esposo mio! Verdad que por tu semblante conozco que has pasado la noche mal; tienes el rostro demacrado; estás pálido hasta lo sumo; cuéntame la causa de todo eso

—¡Oh!, he sufrido horriblemente. Supe que he soñado que vino el capataz de nuestra viña y me dijo:—Don Simón, vengo á decirte que la gente que he apalabrado para hacer la labor no van á trabajar menos de tres pesetas.

¡Tres pesetas!, contestéle asombrado; y para qué necesitan tanto dinero; creen acaso que yo tengo mi capital para darlo al primero que se le antoje por capricho? ¡Nada, nada!; dígame que si quieren *diez reales*, bien, y si no, va Ud. á otro pueblo, á cualquiera, por gente, que en todas partes hay quien trabaje.

Efectivamente, vi en mi ensueño salir al capataz y volver á los tres días diciéndome:—Señor, como los viticultores de esta comarca están todos asociados, en el momento que me vieron salir del pueblo, calcularon mi objeto, y telegrafieron, así es, que en cada pueblo ó villa que llegaba, me pedían dos, ó cuatro ó seis reales más por peonada.

Esto es horroroso, grité enfurecido: pues bien, no lleve Ud. á ninguno; el hambre les hará ceder; ¡pues no faltaba más que vinieran con imposiciones!; ¡tres pesetas de jornal!; ¡ahí no es nada! El capataz se marchó y yo me fui á la bodega desesperado; pero ¡oh fatalidad!; al llegar á ella veo que todos los arrumbadores se marchaban sin atender al encargado, ó *arreador*, que le suplicaba que se quedasen trabajando, pues era muy urgente dar salida al partido que dejaban á medio llenar. Yo, mezclándome en el asunto como el más interesado, les pregunté:—

¿Qué motivos teneis para abandonar el trabajo? Uno de ellos me contestó con mucha serenidad:—Don Simón, tenemos conocimiento de que Ud. piensa dejar perder la viña, por creer que nuestros compañeros los viticultores son exigentes en pedir tres pesetas de jornal; por lo tanto, no necesitando de ellos, no necesitará de nosotros por no pensar encerrar más caldos. Usted lo pase bien

Yo enfurecido aún le contesté:—Es cierto, no necesito servicios de ninguno que como ustedes son tan miserables como orgullosos. A pesar de estas palabras insultantes ninguno me contestó; pero todos se fueron riéndose burlonamente.

No habia salido, esposa mía, de mi desesperación, cuando llegó el maestro tonelero haciéndome esta pregunta:—Don Simón, qué es lo que pasa, que toda la gente del taller se ha marchado. Dicen que no necesitando de viticultores usted, por creer en exigencias de ellos, y pensando dejar perder la viña, suponen que están demás en su casa, y tan frescos han tomado la calle.

Vayan al infierno, contesté fuera de mi; yo hallaré quién me haga los trabajos, pues tengo en mi poder el que todo lo puede: el dinero, sí, el dinero, el dinero...

Como debes suponer esposa mía, estaba visto que se daban las manos estos gremios y veían con espanto que tenían que dar las tres pesetas de jornal, ¡tres pesetas! Esto ya me puso como un condenado y vine á casa á tiempo que salían con las capachas de sus herramientas los albañiles que estaban colocando la montera de cristal en la claraboya de nuestro dormitorio —¿Qué es eso?, pregunté, se ha concluido ya el trabajo.—No señor, me contestó el más ruin de todos, es que como á usted no le hace falta nadie y cree que tres pesetas de jornal son exigencias de los viticultores, y por usted ha de perecer esta clase, nosotros hacemos causa común con ellos: conque abur.—Convenido, les dije, es cierto, nadie me hace falta, porque soy inmensamente rico; sí, rico, muy rico...

No habia duda que los miserables se ayudaban en su obra, y hecho un basilisco entré en su casa dispuesto á todo, sí, á todo, porque teniendo mucho dinero no se habian de burlar de mi esos despreciables, que teniéndolos de sol á sol trabajando me exigían ¡tres pesetas! de jornal; así es, que llamé á Pedro deseguida, nuestro criado, para que mandara enganchar el coche para avistarme con la autoridad y que ésta me prestara la fuerza para castigar á los insolentes que de tal modo procedían.

Pedro, al presentarse ante mi, me dijo al oír mi mandato:

—D. Simón, el mayoral, como yo, hemos resuelto marcharnos y esperábamos á V. para que nos diese la cuenta por

cuanto nos hacemos solidarios de la defensa de nuestros hermanos los vicultores.— Conforme, exclamé; tomad vuestros salarios, no necesito de ustedes; mi capital se impone á todos los que de mi quieran abusar.

Ya en el colmo de la desesperación, fui en tu busca, esposa mía; y ¡oh fatalismo!, te encuentro en la cocina haciendo esfuerzos inauditos por encender el carbón mineral en los hornillos, sin poder conseguir tu intento.—¿Qué haces, te dije, en ese sitio y en esa ocupación?—¿Qué he de hacer, me respondiste; estoy haciendo las faenas domésticas porque se han marchado todas nuestras criadas, diciéndome que son partidarios de la causa que defienden sus padres y hermanos, que saben que á ti no te hace falta nadie, y por lo tanto, están de más.

En aquel momento aumentó más mi indignación, en verte esas manos tan blancas y finas, acostumbradas á manejar blondas de seda, tiznadas por el carbón y ensangrentadas por el rudo trabajo que hacia en el combustible; en ver los platos aun sin limpiar, las habitaciones sin asear, y lo que era todavía peor, la comida sin preparar, ni tu sabias aviarla, ni quien te ayudara. Me desesperaba al ver el logro que iban á tener esos desalmados, me entró fiebre y no pudiendo resistir más, me fui á nuestro dormitorio y me acosté maldiciendo á todos los obreros y á todas sus Sociedades. A media noche, esposa mía, y cuando estaba en lo mejor de mi sueño, siento que me llamas, despierto y apereibo un aire desagradable y muchas gotas de aguas sobre mi cuerpo. Tú estabas mojada igual que yo y nuestra cama, con motivo de una tormenta que había habido momentos antes, entrando agua y lloviendo á discreción en nuestro lecho por haber dejado los albañiles sin colocar la montera. Yo sin acordarme de lo ocurrido durante el día, principié á dar voces llamando á los criados, y tú me recordastes algo, y al convencerme que estábamos solos, miré hácia arriba y por la claraboya apereibi una mano que me amenazaba con morir de hambre y de miseria á pesar de mis dineros: era la mano de la justicia Divina. Entonces aterrado, avergonzado de mi mismo, me postreé ante aquella figura y exclamé:—¡Oh! Providencia infinita, por mi orgullo y soberbia me veo castigado doblemente; yo juro ser humanitario con los trabajadores y pagar con usura los perjuicios que les haya causado.

No pudiendo resistir más, cai al suelo, llorando como un niño, hasta que volvi á la realidad.

—¿Qué sueño tan fatal esposo mio: Ahora veo la causa de tu malestar; solo me queda una duda de lo que ha motivado ese sueño, porque tú no has sido nunca contrario á la defensa que hacen los que trabajan y padecen miserias.

—Te diré: no he sido muy adicto que digamos, pero tampoco de los más opuestos. Te juro esposa mía que, que después del sueño que te he referido, seré siempre defensor y protector de la justicia, que tan razonablemente defienden los trabajadores.

St Cr No.

— ABANAZOS —

«Nuestro gozo en un pozo.» Las 92.000 pesetas de marras, las del reparto vecinal, han venido otra vez, cual espada de Damocles, á estar suspendida sobre la cabeza, digo, sobre los bolsillos de los vecinos del Puerto. Es decir que, según aseguran, hay que pagarlas, porque así se le antoja á la Excelentísima y vaguísima Diputación provincial.

Sin embargo, «no hay mal que por bien no venga», como dijo no sé quién. La explosión de entusiasmo que dió la anulación de las dichas *beatas* y que originó abrir una suscripción para obsequiar al señor Laviña, diputado, y señor Heredia, alcalde, por todos sus trabajos en pró de los derechos que los vecinos reclamaban, ante la nueva desgracia de las familias de los naufragos han sido donadas por los dos dichos señores para la suscripción que para ellas se ha abierto; base de *mil* y *pico* de pesetas que dará buen pie.

Vaya un par de aplausos, porque no siempre se hallan estos rasgos ante la desgracia del prójimo.

Continúa en el Puerto, por desgracia, el derribo de casas.

No hace muchos días, vimos una finca que estaban echando abajo, y creyendo que pudiera ser el dueño, por carecer de *monis*, nos informaron que era el inquilino el que se había tomado de por *si la mano*.

Es decir, que ya no hay más que alquilar una finca, y sin compromiso, por lo que se vé, á derribar se dijo.

Bueno, pues que siga el derribo, hasta que el Puerto vuelva á ser un puerto de Alcanter, ó de los Menesteos.

¡Señor, cuántos *Chulianes* vimos el día de las elecciones!... Nuestro «amigo y compañero», hoy, en concejo popular, don Francisco García Rico, ha sido sacado por los *Chulianes*; *Chulianes* que todos estaban en la mar y que todos votaron. ¡Pero, señor, que de *Chulianes* tiene el 4.º Distrito!

Muchos de los pretendientes á concejales, se han quedado *fuera*— como todos los años—y con tal motivo echan peste del señor diputado, porque no lo han sacado.

¿Pero, señores, es que los concejales se fabrican?... Así parece ser por el pugilato que cada bienio vemos.

Pues por nosotros, firme y duro los pretendientes, por aquello de que si hay razón y buen deseo de «regenerar», si no en esta barqueta, será en la otra.

En nuestro contra-colegio pudimos observar cómo se valen algunos candidatos para salir á *papá* del pueblo. Infinidad de desgraciados se nos acercaban, diciendo cuánto dinero dábamos para ir á depositar la «respetable» papeleta electoral.

¡Cuánto fango crean todos esos que debieran purificar el ambiente social y político!

Yo creo que cuando estos infelices dejen de ser *materia*, *montón* ó *cosa*, entonces desaparecerán todos los *vivos*. Hay que educar política y socialmente, si queremos ser «hombres».

Y va de elecciones. Dice un concejal de «nuevo cuño», del ramo almacenero y muy conocido por sus *vivezas*:

—«Ese socialista no sirve para concejal y pronto se ha de aburrir.»

En efecto, si concejal es sinónimo de *chanchullero* ó de *vivo*, el socialista no sirve; pero si concejal es querer llevar al concejo del pueblo las aspiraciones de su clase y ser honrado, entonces sirve el socialista, y en tocante á aburrirse, la característica del partido es la constancia. Lo entiende usted, *so... vivo*.

A este tenor, ¡cuánto se ha dicho del concejal nuevo socialista!

Infinidad de individuos, al ver esta «novedad», se han metido en todo y hasta han querido sacar pelo de la poética calva de nuestro compañero.

¡Pero hombre, no sabe todo el Puerto que aquí hay socialistas, como hay otros «matices» y que luchan en el terreno político como en el social, porque también nos gusta meternos en todo! Que hemos sacado un puesto, pues á tragarlo y... á luchar honradamente.